

EL DISCURSO SOBRE EL ENSAYO EN LA CULTURA ARGENTINA DESDE MEDIADOS DE LOS '80

Alberto Giordano

Universidad Nacional de Rosario – CONICET



Resumen || Lo que denominamos «discurso sobre el ensayo» es un acontecimiento crítico que inquieta e interroga, desde mediados de los '80, las morales del pragmatismo y la eficacia demostrable en las que se sostienen las formas dominantes de practicar la investigación, en las carreras de humanidades y ciencias sociales de las universidades argentinas. El *ethos* del discurso sobre el ensayo se correspondería con un estilo de vida académica, inconforme y disidente, que expresa la necesidad de desbordar las clausuras disciplinarias, y su multiplicación interdisciplinaria, para restituirle al vínculo entre escritura e investigación la potencia heurística que debilitan o inhiben los imperativos metodológicos. Este trabajo registra, comenta y evalúa las principales efectuaciones institucionales de ese discurso crítico, entre 1984 y 2003, en la edición de dossiers en revistas culturales, la creación de revistas de inspiración ensayística, la publicación de libros monográficos y la organización de coloquios y encuentros internacionales sobre políticas y retóricas del ensayo crítico.

Palabras clave || Discurso sobre el ensayo | Cultura académica | Investigación y escritura | Argentina | 1984-2003

Abstract || The so called “discurso sobre el ensayo” (“discourse on essays”) is a critical event which, since the mid-eighties, interrogates and unsettles the morality of pragmatism and the verifiable efficiency that sustain dominant forms of academic research in the humanities and social sciences in Argentinian universities. The ethos of the “discourse on essays” would correspond to a non-conformist and dissident academic life style that expresses the necessity of exceeding disciplinarian limits and interdisciplinary multiplication to restore the link between writing and research with the heuristic power that weakens or inhibits methodological imperatives. This paper registers, comments and evaluates the main institutional effects of this critical discourse between 1984 and 2003 through the edition of dossiers in cultural magazines, the establishment of journals devoted to essays, the publication of monographs, and the organization of colloquia and international symposia on the politics and rhetoric of critical essays.

Keywords || Discourse on essays | Academic culture | Research and writing | Argentina | 1984-2003

...la crítica –la literatura– me parece asociada a una de las tareas más difíciles pero más importantes de nuestro tiempo, la que se juega en un movimiento necesariamente indeciso: la tarea de preservar y liberar al pensamiento de la noción de valor ideológico, y en consecuencia, la de abrir también la historia a lo que en ella se desprende de todas las formas de valor y se prepara para otra forma completamente distinta –aún imprevisible– de afirmación.
Maurice Blanchot, «¿Qué es la crítica?» (Trad.: Jorge Jinkis)

En un sentido amplio y al mismo tiempo preciso, porque la imagina como un proceso continuo, según la microfísica que gobierna su dinámica, y no como un estado de cosas dado, la cultura es, para Maurice Blanchot, un trabajo silencioso y por lo general insensible «de unificación y de identificación» (1976: 59) que se acrecienta y prolonga indefinidamente. La cultura homogeniza y totaliza porque continuamente reduce a valores la singularidad de las prácticas y obras que emergen en sus límites, prácticas y obras que habrán servido, incluso si las animaba un impulso transgresor, sobre todo en ese caso, a la expansión incesante de las fronteras de lo inteligible. Donde hay una forma, una presencia sensible extraña, la cultura hace aparecer un contenido familiar, provisto por alguna de las morales humanistas –admítase la redundancia– que suministran recursos para que el trabajo de identificación y reducción se cumpla con el menor margen de ambigüedad posible. Lectores de Nietzsche, incluso si no lo hemos leído (la cultura posestructuralista ya lo tradujo a nuestras lenguas teóricas), sabemos que los juicios morales responden, no a un deseo de equidad, sino a intereses en los que se manifiesta la voluntad de poder de distintos estilos de vida. Los estilos de la cultura llevan las marcas del espíritu de conservación y el rechazo de lo absolutamente diferente. El imperativo de remitir todo, para que haya todo, a valores trascendentales y consensuados –no hay otros– reduce cualquier diferencia, eso por lo que las prácticas y las obras salen a nuestro encuentro como formas inciertas, a particularidades de un orden representativo homogéneo y estable. Donde irrumpe una diferencia, la proximidad exorbitante de una distancia que trastorna los parámetros de la comprensión, la cultura hace aparecer una promesa de sentido que no demora en cumplir. «Cada cosa que emerge posee ciertas cualidades, cierto vigor, cierta prominencia. Es un brote. Lo que llamamos el movimiento cultural lo tritura hasta que se vuelve completamente reducido, infame, comunicante con todo» (Lacan, 2007: 91). No importa cuál sea el punto de vista que oriente la reducción, el de lo dominante o el de lo subalterno, el de lo Mayor o el de lo minoritario, la cultura se establece a partir de la expropiación neutralizadora de lo emergente como experiencia inusitada.

El medio en el que se instituyen los criterios para enlazar la existencia irrepetible de obras y prácticas a la reproducción de estereotipos culturales es el mismo que propicia la aparición de acontecimientos que interrumpen el trabajo de los «grandes reductores» y abren

intervalos extra-morales en las tramas discursivas: el lenguaje, es decir, los conceptos y la lógica que los articula sintácticamente para contener las presiones de lo ambiguo. El lenguaje, que todo lo funda, es sin fundamento, por eso siempre habrá un decir que exceda sus condiciones de enunciación y restablezca el vínculo entre las codificaciones y la indeterminación que tuvieron que negar para poder estabilizarse. Nuestra cultura del acontecimiento –la prueba más severa a la que debió someterse la voluntad de unificación– nos hace olvidar a veces que el trato con lo imprevisto no reclama pronunciamientos y sí responsabilidad, la decisión de cuidar de lo que sucede para encarnarlo en conceptos y proposiciones que inquieten la estabilización moral del sentido.

Un acontecimiento no es por sí mismo creación de una realidad; es creación de una posibilidad, abre una posibilidad. Nos muestra que hay una posibilidad que se ignoraba. En cierto modo, el acontecimiento es sólo una propuesta. Nos propone algo. Todo dependerá de la manera en que esta posibilidad propuesta por el acontecimiento sea captada, trabajada, incorporada, desplegada en el mundo. (Badiou-Tarby, 2013: 21)

El auténtico pensamiento crítico no propone culturas alternativas, trabaja en los intersticios que abre la emergencia de lo imprevisto para descomponer los fundamentos de la cultura que lo hizo posible y lo limita. El auténtico pensamiento crítico acoge y encausa las potencias de lo incalculable en la dirección suplementaria de una repetición creativa (la creación de nuevos valores como despliegue de una voluntad soberana, que no reclama aprobación, «deseosa de dar y de prodigarse» [Nietzsche, 1982: 190] hasta excederse a sí misma). El desafío ético del pensamiento crítico es cuidar de lo impensable aunque violento o suspenda el curso de la razón especulativa, afirmar lo posible como ruptura en acto con los verosímiles teóricos, sin reducirlo a una posibilidad que podría realizarse conforme a los parámetros del conocimiento adquirido. La exigencia es extrema, no tanto porque anticipe dificultades insalvables, sino porque compromete una inocencia metodológica que se consigue después de renunciar a las certidumbres intelectuales que nos persuadieron de que era necesario actuar críticamente. ¿Cuál es el camino, si todavía fuese conveniente recurrir a esta metáfora? La búsqueda programada tiene más posibilidades de obstruir el choque con los acontecimientos que agrietan la cultura, de hacer que los desconozcamos cuando nos sorprenden, que de propiciar la aceptación responsable y operativa de obras y prácticas que todavía carecen de valor.

Según un análisis parcial e interesado (¿podría ser de otro modo tratándose del presente?), los valores dominantes que orientan en las universidades argentinas, desde mediados de los '80, la proyección y el desarrollo de investigaciones en el campo de las humanidades

y las ciencias sociales, remiten a una cultura del pragmatismo y la eficacia demostrable sin la que acaso no podría existir la gestión académica del saber (la figura inspiradora del «maestro ignorante» y la moral emancipatoria de la igualdad de las inteligencias [Rancière, 2007] no sobreviven la institucionalización)¹. Todos conocemos la retórica que prescribe que las hipótesis y los objetivos, además de claros y consistentes, deben ser verificables, como condición legitimadora del recorrido propuesto. Del «marco teórico» no se espera que propicie el hallazgo de singularidades anómalas que pudieran desactivarlo, el acceso a lo real de los fenómenos investigados como presencia misteriosa², sino la reproducción metódica de los conceptos y los protocolos argumentativos. Puede haber mucho placer, y no sólo incomodidad, en estos procesos de sujeción prolongada, todos lo hemos sentido. La especialización y la tecnificación de los saberes –algo de lo que podemos jactarnos, cuando nos apremian los propagandistas de las «ciencias duras»– son logros epistemológicos que requirieron la reducción del lenguaje a instrumento comunicacional, el uso del «lenguaje como simple mediación [entre la teoría y el caso devenido ejemplo] extrañada de su destino exploratorio» (Casullo, 1990: 22). Si no se distrae a palpar la textura ambigua de las palabras o a profundizar los equívocos que interrumpen la sintaxis, el curso programado debe concluir con la transferencia de los resultados previstos por las hipótesis. El olvido del carácter suplementario de la enunciación, en nombre de una pragmática restringida que sólo escucha cómo se actualizan reflexivamente las condiciones de lo enunciable, es la mejor garantía de la eficacia metodológica. «Las carreras universitarias vinculadas a las ciencias sociales han proscripto el conocimiento de sí. No sólo las de ciencias sociales, sino también las de filosofía y letras. Ellas son ámbitos donde ha triunfado la escisión entre conocimiento y escritura, lo que es decir entre escritura y autoinspección del sujeto» (González, 1990: 29). Las virtudes del auténtico pensamiento crítico son directamente proporcionales a los riesgos que correría el investigador si le diese a su tarea la forma y la intensidad ética de un ejercicio espiritual (en el sentido de la «espiritualidad» foucaultiana³) que no se limitara al conocimiento de sí mismo a partir de resultados objetivables, un adiestramiento en la experimentación con estilos argumentativos idiosincráticos capaces de activar las fuerzas transformadoras de lo contingente y desplazar la reflexión en el sentido incierto de una verdad extraña a la lógica discursiva, la de los afectos comprometidos en cada hallazgo.

Desde mediados de los '80, un acontecimiento se repite en los márgenes de la cultura que legitima el vínculo reproductivo entre investigación y escritura, un acontecimiento que todavía traza líneas de fuga en el interior de la clausura académica, y resiste la voluntad de homogenización, porque encarna las potencias disuasorias del

NOTAS

1 | La situación no es privativa de nuestro país; se puede comprobar el poder de sujeción de los mismos valores académicos a escala global. Si hay alguna particularidad argentina en este estado de cosas, es la de las tradiciones que se reavivan cuando el pensamiento crítico consigue desprenderse o desbordar ese horizonte de consensos legitimadores.

2 | En una carta a André Bosmans, Magritte afirma que el misterio es «lo que se necesita para que lo real esté» (citado en Pontalis, 2005: 80).

3 | «Se denominará 'espiritualidad' el conjunto de esas búsquedas, prácticas y experiencias [modificadoras de sí mismo] (...) que constituyen, no para el conocimiento sino para el sujeto, para el ser mismo del sujeto, el precio a pagar por tener acceso a la verdad» (Foucault, 2006: 33).

escepticismo metódico. Nos referimos al *discurso sobre el ensayo*, una serie de proposiciones y gestos enunciativos que articulan estratégicamente el elogio con la polémica en la afirmación de que el supuesto género menor no es otra cosa que «la forma crítica *par excellence*» (Adorno, 1962: 30), la única forma capaz de procesar la experiencia del saber según su propia lógica, que no es la de la reproducción enriquecedora (en el sentido en que se habla de enriquecer el «estado de la cuestión» sobre un tema) ni la de la obtención de resultados ciertos y comunicables. El discurso sobre el ensayo es un modo retórico por el que algunos profesores universitarios que escriben manifiestan su deseo, íntimo y político (cuando se trata del ensayo siempre convergen los dos registros⁴), de arriesgarse a no encontrar algo inmediatamente valioso para la comunidad de los especialistas con tal de potenciar los propios intereses y las propias facultades, sometiéndolos a la prueba de lo incierto.

Todos los que coincidimos en afirmar la heterogeneidad constitutiva del ensayo y la imposibilidad de definirlo a través de generalizaciones disponemos de una caracterización pulida por el uso constante (es el tributo que la ocurrencia paga a la enseñanza): *el ensayo sería una tentativa de articular, a través de la experimentación con formas argumentativas, la particularidad –en el límite, intransferible– de las experiencias lectoras con la generalidad conceptual de los saberes interpelados por la narración de esa experiencia*. Si la tentativa fracasa, el ensayista, que «no dice lo que ya sabe sino que hace (muestra) lo que va sabiendo, [y] sobre todo indica lo que todavía no sabe» (Sarlo, 2001: 16), igual triunfa porque, más valiosa que la articulación improbable de experiencia y conceptos que reclaman ciertas lecturas ocasionales, es la imagen que su escritura vuelve a perfilar del saber como búsqueda y no como apropiación de resultados, de la lectura como ejercicio irrepetible.

El discurso sobre el ensayo es la forma en que se manifiestan los interés críticos de un conjunto heterodoxo de especialistas (ninguno de ellos aceptaría que se lo distinga de este modo, aunque es así como los reconoce la comunidad a la que pertenecen) empeñados en la transmisión problematizadora de saberes sobre las humanidades y las ciencias sociales en contextos universitarios. No concierne directamente a los modos del ensayo de los escritores, aunque encuentre en ellos una reserva generosa de motivos y procedimientos, porque son otras las constricciones institucionales que interroga y desplaza. Incluso en el caso de escritores con formación universitaria, como César Aira o Sergio Chejfec, dos virtuosos de la imaginación razonada, la ausencia de pactos con los protocolos de la enseñanza y la investigación condiciona de otra manera el sentido y los alcances de las búsquedas argumentativas⁵. El *ethos* del recurso al ensayo se corresponde con un estilo de vida académica, inconforme

NOTAS

4 | «Político» en el sentido de que concierne a los intereses de la *polis*, cualquiera sea el tema abordado.

5 | Desde hace años, en los cursos sobre retóricas y políticas del ensayo, trabajamos con la diferencia entre «ensayo de los escritores» y lo «ensayístico en la crítica académica», para resistir la voluntad de homogenización y totalización de la emergente cultura del ensayo. Se trata de una distinción operativa, que no aspira a establecer un ordenamiento según criterios tipológicos, sino a volver sensible la diferencia de fuerzas entre búsquedas que convergen, por ejemplo, la diferencia entre la «ética del lector inocente» que entredicen los ensayos borgeanos y los valores que moviliza la experiencia de lo «novelesco de la crítica» en *Las letras de Borges* de Sylvia Molloy (ver Giordano, 2005: 53-67 y 267-276, respectivamente).

y disidente, que expresa la necesidad de desbordar las clausuras disciplinarias, y su multiplicación interdisciplinar, para restituirle al vínculo entre escritura e investigación la potencia heurística que debilitan o inhiben los imperativos metodológicos.

De Montaigne a Adorno, del inventor del género a su teórico más brillante, el elogio del ensayo se enuncia contra las arrogancias del conocimiento pretendidamente totalizador, sistemático y objetivo. El talento para abrir las cosas a través de interpretaciones ocasionales y fragmentarias, sin pretender tratarlas exhaustivamente ni fijarlas a un sentido que trascienda –y borre– sus particularidades, fue la respuesta impertinente y afortunada del escepticismo a la voz de orden de la escolástica, en el Renacimiento tardío, y del positivismo, a partir del siglo pasado. En «Demócrito y Heráclito», capítulo L del libro I de los *Ensayos*, Montaigne reconoce con orgullo:

Aprovecho cualquier argumento que me presenta la fortuna. Todos me son igualmente buenos. Y jamás me propongo tratarlos por entero. Pues no veo el todo en nada. Tampoco lo ven quienes prometen que nos lo harán ver. De los cien elementos y aspectos que tiene cada cosa, tomo uno, a veces sólo para rozarlo, a veces para tocarlo levemente, y, en ocasiones, para pellizcarlo hasta el hueso. Hago un avance en él, no con la máxima extensión sino con la máxima hondura de que soy capaz. Y, las más de las veces, me gusta cogerlos por algún lado insólito. (Montaigne, 2007: 437)

Desde sus orígenes –el sentido común científicista aún lo ignora para no debilitarse, el ensayo se propone, no tanto como una alternativa al conocimiento sistemático, más ligera, porque prescindiría del aparato erudito y la exigencia de demostración, pero menos rigurosa, por su parcialidad y su impronta subjetiva, sino como una impugnación de las totalizaciones conceptuales, que no dan lo que prometen, la objetivación de lo real, ni tienen modo de darlo. La crítica a las nociones tradicionales de verdad y método es un corolario del interés por las reverberaciones afectivas de lo contingente a partir de las que se procesan los saberes discursivos. «El mundo no es más que un perpetuo vaivén. Todo se mueve sin descanso... La constancia misma no es otra cosa que un movimiento más lento» (Montaigne, 2007: 1203), por eso el ensayo no pinta el ser, sino el tránsito, el ser de lo transitorio, que es la auténtica realidad del mundo como juego descentrado, sin fundamento, según lo imaginan las teorías que se enuncian en nombre propio para renunciar, en los límites de la afirmación subjetiva, a los privilegios de la función autor. «El majestuoso ‘Nosotros’ del discurso científico es el pasaporte o *lingua franca* a través de la cual se sueldan consensos en las comunidades académicas. Por el contrario, hablar en nombre propio simboliza el homenaje debido a la ambigüedad de lo existente» (Ferrer, 1990: 23). La exploración y el cuidado de sí mismo, a través de un uso de los conceptos y las referencias que circunscriba la distancia por la que algo se manifiesta como interesante –distancia en las cosas

y en la voluntad de comprenderlas—, es una crítica en acto de las ilusiones y las miserias que sostienen los consensos sobre el valor superior de la objetividad.

El elogio y la polémica se articulan en el discurso sobre el ensayo a partir de un diagnóstico que observa la crisis, el decaimiento o la decadencia de la tradición ensayística nacional desde mediados de los '60, cuando «la teoría», como práctica capaz de explicar el sentido de todas las prácticas, habría impuesto las supersticiones de la especificidad y la especialización, como condiciones del conocimiento verdadero, en el campo de las humanidades y las ciencias sociales. Mentar la irrupción triunfal del «estructuralismo», esa ideología epistemológica que renovó la alianza del positivismo con la metafísica⁶, es un expediente simplificador, pero acertado, para identificar las potencias reductoras que habrían inhibido la aparición de un Barthes o un Benjamin vernáculos (no es seguro, aclara Sarlo [1984: 8] —autora de la ocurrencia—, que sin la crisis del ensayismo esas figuras deseables «hubieran florecido», pero quedaron metodológica y teóricamente obstruidas). La serie de autores que encarnan la tradición obliterada es necesariamente heterogénea; entre los que practicaron la crítica literaria, se menciona a Borges, Mallea, Martínez Estrada, Murena (el discurso sobre el ensayo lo rescató del ostracismo ideológico⁷), Viñas, Masotta y el primer Sebrelli. ¿Por qué algunos críticos académicos idealizan el pasado de su oficio identificando las carencias del presente con la ausencia de estilos ensayísticos propios de escritores, estilos que nunca les pertenecieron plenamente? Tal vez para poner en falta a los colegas que dejaron de buscarse como sujetos de un saber incierto, enraizado en convicciones soberanas; seguro para imaginar un porvenir utópico, en el que el uso intensivo de la teoría pudiese tener la misma eficacia que las conjeturas borgeanas, las imposturas confesionales de Masotta o las metáforas de Viñas. El discurso sobre el ensayo es un acontecimiento que primero se efectuó en la publicación de textos y dossiers en revistas culturales emergentes (*Espacios*, *Sitio*, *Fahrenheit 450*⁸ y *Babel*), enseguida, en la creación de otras revistas identificadas con la ética y las retóricas del ensayismo (*Conjetural* [1982], *Paradoxa* [1986], *El ojo mocho* [1991], *Nombres. Revista de filosofía* [1991], *La caja. Revista del ensayo negro* [1992], *Kaos* [1993], *Redes de la letra. Escritura del psicoanálisis* [1993] y *Confines* [1995]⁹), y después, cuando el espíritu de marginalidad aceptó los riesgos de institucionalizarse, en la organización de paneles y coloquios especializados, el desarrollo de investigaciones, individuales y colectivas, financiadas por organismo de ciencia y técnica, el dictado de seminarios de posgrado y la escritura de tesis doctorales. En el lapso de poco más de una década, entre 1991 y 2003, se publicaron al menos siete libros sobre el ensayo en la cultura argentina que asumieron las tres rúbricas del discurso que lo

NOTAS

6 | El estructuralismo comenzó, en Francia y en Argentina, como una crítica inteligente del reduccionismo historicista, pero ese momento fuerte se eclipsó demasiado rápido, entre otras razones, por lo permeable que resultó a la apropiación académica.

7 | Las tentativas más interesantes en esta dirección son la de Cristóbal (1999) y Djament (2007).

8 | En el N° 4 (1988) de *Fahrenheit 450* (revista de la Carrera de Sociología de la UBA), se publicó «El ensayista como rebelde y doctrinario», de Fernando Savater (rescatado, tal vez por Christian Ferrer, del N° 22 (1978) de *El viejo topo*). El ensayo de Savater anticipa algunos de los argumentos centrales del dossier «Últimas funciones del ensayo», que publicará *Babel* en 1990.

9 | Este catálogo no es el producto de una investigación exhaustiva, deseable y todavía pendiente, sino de la memoria y la biblioteca de un lector apasionado por el tema. Aunque fragmentario, agrupa publicaciones de los distintos campos en los que se invocó la figura del ensayista como sujeto de una práctica transdisciplinar: la teoría y la crítica literaria, la filosofía, el psicoanálisis, la sociología y la comunicación social.

afirma como valor, el elogio, la polémica y la apuesta al porvenir de una tradición en crisis: Giordano (1991), Grüner (1996), Ritvo y Kuri (1997), Percia (comp.) (1998 y 2001), Mattoni (2003) y Rosa (ed.) (2003). En todos los casos, los autores piensan el ejercicio de la crítica a partir de las fricciones entre conceptos que no reniegan de su inestable materialidad discursiva y «el elemento irritante y peligro de las cosas» (Adorno, 1962: 23), la irreparable singularidad de lo existente cuando hace señas que ningún método podría advertir. En el caso particular de las apuestas al ensayo psicoanalítico, el deseo y la exigencia de atenerse a la aparición de lo todavía indefinible, de llevar el impulso teórico hasta la disolución de sus presupuestos, se realiza no sólo contra las morales que orientan la comunicación académica, sino también contra la estandarización del saber que promueven las instituciones lacanianas.¹⁰ Como a Montaigne, vía Adorno, a Freud sólo se retorna, vía Lacan, por el camino discontinuo del ensayo.

Con ánimo genealógico, para acentuar la diferencia de sentidos que tomó su efectuación, se puede señalar un desdoblamiento en los comienzos del discurso sobre el ensayo que expresa la divergencia entre modos heterogéneos de valorar el impulso exploratorio de las escrituras críticas: como búsqueda de inteligibilidad, para fundar en los hallazgos personales una comunidad hermenéutica, según una perspectiva; como experiencia irónica de los límites de lo comunicable –que siempre están más cerca de lo que se supone, aunque cueste alcanzarlos reflexivamente–, según la otra. El gesto genealógico no constata, interpreta: en la diferencia de perspectivas se manifiesta la tensión entre fuerzas cualitativamente diferentes que se disputan el sentido de las políticas del ensayo, las que responden a la voluntad de apropiarse de la plasticidad de sus retóricas para sumarle a la cultura intelectual un recurso persuasivo y las que descubren, en la invención de estilos críticos modelados por lo intransferible de las experiencias individuales, formas disuasorias de resistir los compromisos que tramitan las seducciones humanistas. La conferencia de Sarlo «La crítica: entre la literatura y el público», pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, en noviembre de 1984, y publicada al mes siguiente en el N° 1 de *Espacios de crítica y producción*, revista de la Secretaría de Bienestar Estudiantil y Extensión Universitaria de esa Facultad, es la primera efectuación del punto de vista comunicacional. Desde fuera de la institución académica, para inquietar la creencia en el valor de la eficacia como principio regulador del ejercicio intelectual, «El ensayo, un género culpable», la intervención de Eduardo Grüner en el dossier «El ensayo que vendrá», publicado en mayo de 1985 en el N° 4/5 de *Sitio*, avanza sobre la idea de que sin el fracaso de las mediaciones culturales no es posible la enunciación de un pensamiento auténticamente crítico, y que sólo se fracasa exitosamente en la escritura del saber si se asumen los riesgos de

NOTAS

10 | En el ensayo psicoanalítico, que parece extremar los problemas retóricos que conciernen al ensayo en general (hablar de una generalidad ensayística es incurrir en una contradicción, lo sabemos, pero cómo evitarlo), no se trata de la formulación de «otro» saber, sino de probar «la eficacia del saber al constituirse de un modo 'ladeado', en fricción con la razón como Orden» (Kuri, 2001: 107).

la búsqueda ensayística.

En la conferencia, Sarlo expone el pesimismo que le provocan las dudas sobre la efectividad de su propio trabajo crítico¹¹. Interroga críticamente la utilidad de ese trabajo, sus limitadas condiciones de posibilidad en el contexto académico y su (en ese momento muy restringida) función social. Como lo repetirá unos años después, en la respuesta a una encuesta de la misma revista *Espacios*, la evaluación se sostiene en la certeza de que el discurso crítico ganó en especialización teórica lo que perdió en eficacia política, en el poder de afectar a una audiencia amplia. A la pregunta ¿quiénes son los lectores implícitos de la crítica que escribimos hoy en la universidad?, Sarlo responde, apesadumbrada, «nuestros propios colegas», únicamente ellos pueden realizar las complejas operaciones de lectura que esos textos requieren. La actual incapacidad de la crítica académica para «plantear preguntas que susciten un interés colectivo más allá de los ámbitos» universitarios, para protagonizar «movimientos de la esfera pública» (Sarlo, 1988: 22 y 23), sería una consecuencia, no deseada pero inevitable, de la sostenida especialización de su discurso, de la fetichización de lo específico que convierte las lenguas teóricas en códigos iniciáticos.

En un gesto que articula el cuestionamiento personal con los vectores del proceso que investigamos, Sarlo recurre al ensayo para señalar, al mismo tiempo, lo que el discurso crítico perdió y la tarea que hay que cumplir, una especie de ascesis conceptual y metodológica, para restituirle su compromiso con la discursividad social. La especialización y la seudotecnificación de los saberes sobre la literatura, en el contexto de la modernización de las ciencias sociales y las humanidades en los '60, determinaron una «crisis de la forma ensayo» (Sarlo 1984: 7) dentro de la cultura argentina, la declinación e incluso la estigmatización de la que había sido, en las décadas anteriores, la forma privilegiada del ejercicio crítico. Pensando en textos como *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, en los que la ausencia de una tecnología de análisis no va en desmedro del rigor y la audacia hermenéuticos, Sarlo recuerda que alguna vez la crítica literaria más interesante supuso un lector sin demasiadas competencias específicas pero preocupado por problemas que atraviesan distintas esferas de la vida social, un lector que habría que recuperar o, en caso de que su existencia también estuviera en crisis, contribuir a fortalecer. El diagnóstico prescribe el camino reparador: dar el salto más allá de la jerga teórica, sin recaer en las trivialidades del impresionismo, para prefigurar un lector interesado por la funcionalidad de lo específico literario en contextos ideológicos y políticos. La dirección es la de *Mimesis*, de Auerbach, o la de *Hombres alemanes*, de Benjamin.

Sarlo valora la eficacia del ensayo desde un punto de vista retórico

NOTAS

11 | El análisis de la conferencia de Sarlo reescribe un fragmento de «La crítica de la crítica y el recurso al ensayo», publicado por primera vez en 1998, en *Boletín/6* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, y recogido luego en Giordano (2005: 249-260).

(en el sentido de la retórica como arte de la persuasión conforme a expectativas definidas), según su capacidad para producir efectos calculables sobre una audiencia determinada, los lectores «cultos»¹². Desde esta perspectiva, la efectividad del ensayo depende de su carácter instrumental, de la elocuencia que el apunte fragmentario y subjetivo puede prestar a la comunicación de juicios morales enraizados en saberes teóricos. Para Sarlo, la escritura del ensayo no es en sí misma un problema, sino un recurso apropiado para resolver los problemas de inteligibilidad de la crítica especializada; menos que una forma conveniente de experimentar las tensiones del saber, un medio dúctil para la transmisión de conocimientos complejos, al que los críticos con vocación pedagógica pueden recurrir si desean recuperar la función mediadora entre el autor y el público¹³.

Uno de los textos más influyentes, y más rico en matices, de la vertiente que inauguró Sarlo es *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*, de Liliana Weinberg¹⁴. Aunque entiende que se trata de un género paradójico –la paradoja afirma la simultaneidad no sintética de sentidos heterogéneos, como también lo considera un fenómeno comunicativo–, Weinberg exalta las funciones mediadoras del ensayo, que articula equilibradamente lo privado con lo público, lo poético con lo intelectual, el infierno mudo de la soledad con el paraíso del dialogo comunitario. La idea de que «el autor del ensayo es un yo en el ejercicio de reconocerse como un nosotros» (Weinberg, 2001: 42) identificado con valores colectivos entredice la lógica de la supuesta síntesis superadora: la subordinación del primero al segundo término de cada par. El perspectivismo extremo –¿se puede concebir un auténtico hallazgo sin contar con su potencia sustractiva?– tiene que sublimarse en «la búsqueda de una comunidad de sentido y de un sentido de comunidad» (Weinberg, 2001: 19). La fórmula es feliz, pero somete la radicalidad del gesto escéptico, que busca sobre todo afirmarse en su inmanencia irreductible, a los ideales de la responsabilidad social. ¿No sería el del ensayo un yo en trance de hacerse reconocer por la huella irrepitible que el estilo deja sobre el discurso de los saberes y las morales, un yo que se excede a través de las ocurrencias conceptuales que transmiten mociones afectivas? ¿El imperativo irresistible de la responsabilidad social, la intimación a alienarse en los ideales comunitarios, no es lo primero, y lo último, a lo que tiene que resistirse el ensayista, si quiere enunciar argumentos en nombre propio? ¿Cómo hacerse responsable a través de la irresponsabilidad metódica, que destee la trama de los valores admitidos socialmente? El ensayo, que interviene en las conversaciones de la *polis* para reclamar por los derechos de las singularidades anómalas, sabe que la aparición de un punto de vista suplementario reconfigura el horizonte de lo inteligible, pero no sabe en qué sentido (cuando cree saberlo, se interrumpe), ni siquiera si en sus tentativas habrá algo que pueda ser recuperado socialmente.

NOTAS

12 | Sarlo no pudo asistir al Coloquio «Retóricas y políticas del ensayo» que organizó el Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria de la Universidad Nacional de Rosario, en agosto de 2001, pero colaboró en el dossier «El ensayo de los escritores», publicado en el *Boletín/9* de dicho Centro, con un texto sorprendente, que desplaza los juicios sobre «la cualidad ensayística» (Sarlo, 2001: 18) hacia la valoración de los procedimientos formales (la elipsis, la paradoja, el aforismo y la condensación) que desvían o suspenden la lógica discursiva. Sarlo detenta el privilegio de ser, al mismo tiempo, referente histórico de una de las orientaciones del discurso sobre el ensayo y participe de la otra.

13 | Contra este imaginario funcionalista se enuncia la máxima «no escribir sobre ningún problema, si ese escribir no se constituye también en problema» (González, 1990: 29), que condensa la ética del «Elogio del ensayo» con el que Horacio González participó en otra modulación decisiva del proceso que investigamos, el dossier «Últimas funciones del ensayo», publicado en el N° 18 de *Babel*, en 1990. El punto de partida es, de nuevo, el diagnóstico sobre el debilitamiento de la fuerza crítica que produjo la especialización, pero la polémica con los protocolos académicos no se realiza esta vez en nombre de una mayor eficacia (la que supuestamente se lograría ampliando la audiencia), sino a través del cuestionamiento de la eficacia como valor superior. Las intervenciones del dossier no apuestan al establecimientos de nuevos pactos de lectura, si no a la potenciación del impulso crítico, si se libera la experimentación conceptual de la necesidad de justificarse por el consenso.

La escritura del ensayo ejerce su potencia heurística en los lugares donde el sentido cultural se desvanece, no donde se afirma el poder homogeneizador de los valores comunitarios.

Ritvo (1992) recuerda que para Friedrich Schlegel la ironía es la forma de la paradoja, y que «forma» remite, en el contexto del primer Romanticismo, a la mezcla de géneros, el fragmento y la improvisación. El pensamiento paradójico afirma lo inconmensurable entre términos supuestamente complementarios y reconduce cada uno al fondo indeterminado que niegan las definiciones. La forma del ensayo es la experiencia irónica del fracaso estructural de las mediaciones discursivas, un acontecimiento paradójico en la trama de saberes (la afirmación simultánea de la voluntad de conocer y el deseo de lo desconocido) que precipita la catástrofe de los verosímiles teóricos.

La lección de la forma schlegeliana [Adorno tomó notas iluminadoras para su teoría del ensayo como forma] es la de un pensamiento insuficiente desde el punto de vista del fundamento que alcanza, gracias a la perfección de dicha insuficiencia, el rigor de un pensamiento excesivo, como lo es, en general, todo pensar de los confines y las confluencias, de los entrecruzamientos y los desbordes. (Ritvo, 1992: 102)

¿Qué comunidad podría fundarse en el ejercicio de un pensamiento de los confines de lo representable, de la potenciación de las insuficiencias ontológicas, un pensamiento sin garantías, que profundiza irónicamente la distancia entre el orden de la argumentación y el de las codificaciones morales? La idea de una comunidad de semejantes unidos por vínculos de reciprocidad, a través de la identificación con valores compartidos, no parece ni la condición ni el fin deseables para un experimento con lo irreplicable de cierta posición enunciativa. La ética de la diferencia ensayística sólo podría ser recuperada, como testimonio de lo irrecuperable, por el pensamiento paradójico de una comunidad negativa, «comunidad de los que no tienen comunidad» (Bataille citado por Blanchot, 1992: 37), que expone a cada uno, por la proximidad con el (y lo) desconocido, a la prueba de su soledad esencial. La pasión del pensamiento solitario, en el que no se está siquiera con uno mismo, atrae a los miembros de esa comunidad improbable «hacia lo extraño donde se vuelven extraños para sí mismos, en una intimidad que los hace, asimismo, extraños el uno al otro» (Blanchot, 1992: 58).

El discurso sobre el ensayo es el modo en que se ejerce la *crítica de la crítica*, si se la piensa como un movimiento de impugnación reflexivo, que confronta las búsquedas de saber con sus intereses, sus posibilidades y sus límites. La impostura que actúa Todorov (1991) en el libro que lleva ese título no es más que una astucia de la razón instrumental, por la que una parte interesada justifica o condena cual si fuese un árbitro ecuánime, que nada tiene que ver

NOTAS

14 | La gravitación de los argumentos de Weinberg sobre la crítica académica de nuestro país es notable en varias de las comunicaciones presentadas en el Simposio internacional sobre el ensayo que se realizó en la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza), en noviembre de 2009 (ver Maíz 2010).

con las exigencias de una indagación dispuesta a impugnar incluso sus fundamentos con tal de no precipitarse hacia una conclusión anticipada. El escándalo que le provoca a Todorov el nihilismo blanchotiano, cuando compara su pensamiento con el de otros críticos-escritores (lo perturba que en una época de crisis de los «valores universales» alguien se permita atentar contra la idea de valor), expone su resistencia a pensar la dimensión extra-moral de la crítica, el valor de la interrupción y la suspensión como operaciones formales que desprenden el pensamiento de cualquier lastre moral¹⁵. Aunque no habla del ensayo, para responder a la pregunta «¿Qué es la crítica?», Blanchot se sitúa desde la perspectiva del saber como exploración original, en el sentido de una búsqueda de lo originario de las obras a través de la repetición de su diferencia:

La búsqueda de la crítica creadora es este movimiento errante, este trabajo de la marcha que rompe la oscuridad y es entonces la fuerza progresiva de la mediación; pero también se arriesga a ser el recomienzo que arruina toda dialéctica, que no procura sino el fracaso, sin hallar en él su medida ni apaciguamiento. (Blanchot, 1985: 76)

Para Blanchot, la crítica es, antes que conocimiento o juicio que armoniza con el mundo de los valores culturales, la puesta en obra del fracaso de la identidad literaria (de la literatura en tanto institución), la experiencia de la obra como simultaneidad de impulsos heterogéneos: creación y ruina, prodigalidad y anonadamiento, que no busca estabilizarse. La crítica afirma la no identidad consigo mismo de la obra en los intervalos que abre la lectura cuando atraviesa los saberes que definen la especificidad literaria. El fracaso de la función mediadora de los conceptos teóricos, que se alcanza extremando el rigor argumental, sería una prueba de la verdad de los hallazgos interpretativos (verdad en acto, extraña a cualquier procedimiento metodológico, que ni se demuestra ni se revela).

La decisión de cerrar el dossier «El ensayo que vendrá» con una nueva traducción de «¿Qué es la crítica?»¹⁶ señala el interés de los editores de *Sitio* por situar las intervenciones desde el punto de vista paradójico que reconoce en el curso errante la orientación justa para fracasar creativamente. (La publicación de ese ensayo en calidad de referencia eminente se articula en el interior de otro proceso, menos visible, que también inquieta e interroga las morales de la crítica literaria argentina con inserción académica, la recepción del pensamiento teórico de Blanchot. De *Horacio Quiroga: una obra de experiencia y riesgo* (1959), de Noé Jitrik, a *La experiencia imposible* (2013), de Carlos Surghi, en referencias puntuales o aproximaciones monográficas, la obra de Blanchot irrumpe, ocasionalmente, en el discurso crítico para someter sus protocolos a la lógica equívoca de la determinación por lo indeterminable. Ni la sociología literaria, ni los estudios culturales, como tampoco el formalismo en sus distintas

NOTAS

15 | Ver Todorov (1991: 58-64).

16 | La traducción, impecable, la firma Jorge Jinkis, miembro de la dirección de la revista, que a fines de los '60, junto a Vicky Palant, tradujo para la editorial Paidós *El espacio literario*, uno de los libros más influyentes de Blanchot.

vertientes, se mostraron hasta hoy dispuestos a dialogar con esa obra que, por plantearles algunas preguntas fundamentales, podría fortalecerlos en el desacuerdo. Si no el rechazo de una ignorancia inexplicable –cuántos, entre los que usan a Deleuze o Foucault, desconocen la proveniencia de sus recursos para impugnar la fenomenología–, el pensamiento de Blanchot despierta, entre los académicos, resistencias todavía más fuertes y constantes que las que limitan el discurso sobre el ensayo.)

La lectura del detalle suplementario, que opera, no por condensación, sino por fragmentación y suspensión del sentido, el detalle que descompone la totalidad y entredice una perspectiva insólita, es el procedimiento en el que Grüner asienta la afirmación del ensayo como «género culpable». La imputación es otra modalidad, irónica, del encomio: el ensayo es culpable de jerarquizar la rareza fortuita por sobre la necesidad estructural, de apasionarse con lo erróneo y lo fallido porque su anomalía expone el fracaso de la función autor (de los códigos culturales como garantes de la cohesión y la coherencia textual).

...la única manera de evitar un error es excluir, de antemano, aquello que podría producirlo. ¿Y cómo? Despachando el riesgo: vale decir, el acontecimiento. Aquella *exclusión preventiva* puede entenderse a la manera de Foucault: como forma de control del discurso, de ejercicio de un poder. O a la manera de Lévi-Strauss: como forma de establecer reglas de organización, de «cosmologizar» el caos. (Grüner, 1985: 54)

Las teorías de la lectura que confían, por falta de inocencia, en el poder de las reglas semióticas, necesitan excluir los usos que no cooperan en la decodificación de los sentidos calculados, relegándolos al dominio de la invención caprichosa. La lógica del ensayo invierte y desplaza la oposición: las supuestas maniobras cooperativas no son más que usos disciplinados por imperativos metodológicos, que desconocen o niegan las circunstancias irrepetibles de su enunciación, como desconocen o niegan el poder simbólico que los sujeta a la reproducción, con mínimas variaciones, las necesarias para no humillar el narcisismo del practicante, de lo ya-leído. Los saberes críticos sobre la lectura literaria que no inhiben el ejercicio de la repetición diferencial –lo que Grüner llama, traduciendo a Harold Bloom, «deslectura creativa» (Grüner, 1985: 53)– son los que intentan fijar, en constelaciones conceptuales, el movimiento inestable de los hallazgos ensayísticos. Sometidos a las rutinas de la enseñanza y la investigación, incluso estos saberes conjeturales pueden perder sutileza. Por eso la única teoría de la lectura auténticamente crítica sería aquella capaz de alentar el salto de la imaginación por encima de los verosímiles culturales, para disolverse ni bien se interrumpa el acto. El carácter utópico de esta teoría, en el contexto de la gestión académica de los estudios literarios, sólo la vuelve más deseable.

PD. Los auténticos comienzos son discretos: circunstanciales, inadvertidos. Cuando la mirada genealógica lo instituye, el gesto inicial aparece donde no se esperaba. El discurso sobre el ensayo comienza, antes de su inauguración, en 1980, en la revista que dirigía Sarlo, pero al margen de las buscas de inteligibilidad, para señalar la fuerza del pensamiento atraído por rarezas disfuncionales. Antes de que se convierta en moda académica y sufra reducciones y simplificaciones brutales, «El proyecto de Benjamin» es la ocasión para que Raúl Beceyro despliegue en las páginas de *Punto de vista* la diferencia ética entre el crítico y el ensayista, a partir de la exaltación de lo marginal, lo inclasificable y lo inconcluso. La figura del moralista autosatisfecho, que se cuida de interrogar el valor de sus interpretaciones para no atentar contra la eficacia del rol cultural que le asignaron, se contrapone a la del experimentador que desconoce incluso cuál es el sentido de sus recorridos, en caso de que lo tengan, y encuentra en el trato con lo incierto el impulso para recomenzar.

Para el crítico el determinar lo que está bien y lo que está mal constituye lo principal. Para el ensayista o bien el juicio ya ha recaído antes de comenzar su trabajo (y por eso actúa sobre una obra que considera valiosa pero sin decirlo, casi con pudor), o bien la estimación vendrá después del ensayo, por añadidura, o más bien el ensayo prepara el terreno para una apreciación que tal vez no venga. De ahí la frustración que el ensayo puede producir en su lector y de ahí también que el ensayo comparte con el arte (base sobre la cual el ensayista construye su obra) un elemento esencial, la inutilidad. (Beceyro, 1980: 20)

La afirmación de valores paradójicos (el fracaso, lo inútil) compromete el orden de razones que despliega el ensayo si al mismo tiempo estructura los descentramientos del acto de pensar por escrito. La eficacia digresiva de los saltos y los excursos, de la demora o la precipitación que interrumpen la lógica deductiva, se mide en términos del vigor con que los hallazgos formales inscriben en vacío la afectividad propia de las decisiones intelectuales e impugnan la rectitud de las consignas epistemológicas. Al ensayista le cabe la tarea de denunciar que el conocimiento sistemático no da lo que promete, porque la totalización de lo real también es el efecto provisorio de algunos juicios interesados. Expuesta al fracaso o a la revelación de su inutilidad –condición trágica que asume con gesto irónico–, la forma del ensayo realiza la experiencia del saber como errancia y pasión por lo verdadero.

Bibliografía citada

- ADORNO, T. W. (1962): «El ensayo como forma». En *Notas de literatura*, trad.: Manuel Sacristán. Barcelona: Ariel, pp. 11-36.
- BADIOU, A. y TARBY, F. (2013): *La filosofía y el acontecimiento. Con una Breve introducción a la filosofía de Alain Badiou*, trad.: Irene Agoff. Buenos Aires: Amorrortu.
- BECEYRO, R. (1980): «El proyecto Benjamin». En *Punto de vista* 10, pp. 20-23.
- BLANCHOT, M. (1976): «Los grandes reductores». En *La risa de los dioses*, trad.: J. A. Doval Liz. Madrid: Taurus, pp. 59-68.
- BLANCHOT, M. (1985): «¿Qué es la crítica?», Trad.: Jorge Jinkis. En *Sitio 4/5*, pp. 74-76.
- BLANCHOT, M. (1992): *La comunidad inconfesable*, Trad.: David Huerta. México: Vuelta.
- CASULLO, N. (1990): «Entre las débiles estridencias del lenguaje». En *Babel*, III, 18; dossier «Últimas funciones del ensayo», p. 22.
- CRISTÓFALO, A. (1999): «Murena, un crítico en soledad». En Noé Jitrik (Ed). *Historia crítica de la literatura argentina (La irrupción de la crítica)*, vol.10. Buenos Aires: Emecé.
- DJAMENT, L. (2007): *La vacilación afortunada. H. A. Murena: el intelectual subversivo*, Buenos Aires: Colihue.
- FERRER, C. (1990): «Melodías, sonetos, papers». En *Babel*, III, 18; dossier «Últimas funciones del ensayo», pp. 22-23.
- FOUCAULT, M. (2006): *La hermenéutica del sujeto*. Curso en el Collège de France (1981-1982), trad.: Horacio Pons. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica; primera reimpresión.
- GIORDANO, A. (1991): *Modos del ensayo. Jorge Luis Borges y Oscar Masotta*, Rosario: Beatriz Viterbo.
- GIORDANO, A. (2005): *Modos del ensayo. De Borges a Piglia*, Rosario: Beatriz Viterbo.
- GONZÁLEZ, H. (1990): «Elogio del ensayo». En *Babel*, III, 18; dossier «Últimas funciones del ensayo», p. 29.
- GRUNER, E. (1985): «El ensayo, un género culpable». En *Sitio 4/5*; pp. 51-55.
- GRUNER, E. (1996): *Un género culpable. La práctica del ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones*. Rosario: Homo Sapiens.
- KURI, C. (2001): «De la subjetividad del ensayo (problema de género) al sujeto del ensayo (problema de ensayo)». En Marcelo Persia (Comp.). *El ensayo como clínica de la subjetividad*. Buenos Aires: Lugar, pp. 100-118.
- LACAN, J. (2007): *Mi enseñanza*, trad.: Nora A. González. Buenos Aires: Paidós.
- MAÍZ, C. (Ed.) (2010): *El ensayo latinoamericano. Revisiones, balances y proyecciones de un género fundacional*, Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo.
- MATTONI, S. (2003): *Las formas del ensayo en la Argentina de los años '50*, Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- MONTAIGNE, M. de (2007): *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)*, ed. y trad.: J. Bayod Brau. Barcelona: Acantilado.
- NIETZSCHE, F. (1982): *Más allá del bien y del mal*, trad.: Carlos Vergara. Madrid: Biblioteca EDAF.
- PERCIA, M. (Comp.) (1998): *Ensayo y subjetividad*, Buenos Aires: Eudeba.
- PERCIA, M. (2001): *El ensayo como clínica de la subjetividad*, Buenos Aires: Lugar.
- PONTALIS, J. B. (2005): *El tiempo que no pasa*, trad.: Beatriz Diez y Jorge Rodríguez. Buenos Aires: Topía.
- RANCIÈRE, J. (2007): *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*, trad.: Claudia Fagabueru. Buenos Aires: Del Zorzal.
- RITVO, J. (1992): «Mediación y repetición». En *La edad de la lectura*. Rosario: Beatriz Viterbo, pp. 77-110.
- RITVO, J. y KURI, C. (1997): *Ensayo de las razones. Acto y argumentación en psicoanálisis*, Buenos Aires: Letra Viva.
- ROSA, N. (Ed.) (2003): *Historia del ensayo argentino*, Buenos Aires: Alianza.

- SARLO, B. (1984): «La crítica: entre la literatura y el público». *Espacios de crítica y producción*, nº 1, pp. 6-11.
- SARLO, B. (1988): «Respuesta a la Encuesta a la crítica literaria». En *Espacios de crítica y producción*, nº 7, pp. 22-23.
- SARLO, B. (2001): «Del otro lado del horizonte». En *Boletín/9*; pp. 16-31.
- TODOROV, T. (1991): *Crítica de la crítica*, trad.: José Sánchez Lecuna. Barcelona: Paidós.
- WEINBERG, L. (2001): *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica.